

ARQUEOLOGÍA DE LA ARQUITECTURA EN EL ALBARRACÍN MEDIEVAL

Antonio Almagro Gorbea*

INTRODUCCIÓN

Albarracín ha despertado siempre un atractivo especial hacia su historia, sin duda motivado por el renombre que ha podido alcanzar un núcleo urbano tan insignificante por su tamaño pero tan imponente por su aspecto de fortaleza inexpugnable (Fig. 1). Este atractivo se centra de una manera especial en la Edad Media, época en la que la ciudad tuvo un protagonismo muy significativo del que puede decirse que arranca su posterior renombre. De épocas anteriores al medioevo son bastante escasos los restos y, sobre todo, son prácticamente nulas las referencias textuales históricas que permitan siquiera afirmar la existencia de un núcleo urbano consolidado y con nombre bien identificado.

En la Edad Media este singular núcleo urbano sí entra en la Historia escrita y conocemos de él suficientes hechos y avatares como para atribuirle un protagonismo con trascendencia incluso en lo que podríamos llamar “ámbito internacional”. Capital de un reino taifa en el siglo XI que mantuvo su independencia en medio de reinos más poderosos, tras un oscuro siglo XII del que hoy la arqueología empieza a proporcionarnos luz, resurge a finales de este siglo y especialmente en la siguiente centuria como señorío soberano e independiente que con muchas y singulares peripecias se mantendrá hasta avanzada la segunda mitad del siglo XIV.

Historia sugestiva y personalísima que no sólo aparecerá en las crónicas contemporáneas o en las grandes recopilaciones históricas como la de Zurita, sino que en el siglo XX servirá de trasfondo a novelas históricas como las de Rafael Pérez

* Laboratorio de Arqueología y Arquitectura de la Ciudad (LAAC), Escuela de Estudios Árabes, CSIC, Granada.



Fig. 1. Vista general de la ciudad de Albarracín. Abajo a la derecha, la Torre Blanca. A la izquierda el castillo, y al fondo la muralla del recinto exterior del arrabal con la Torre del Andador.

y Pérez que llegó a ambientar en Albarracín dos de sus novelas¹, que fantasean sobre los escenarios en el que supuestamente se desarrollan los episodios narrados.

Porque hasta fechas recientes, no ha existido una adecuada identificación entre los hechos históricos acaecidos en el pasado y conocidos gracias a crónicas, documentos y relatos históricos, con las realidades materiales que hoy podemos ver en la ciudad. De hecho, han sido escasos los intentos de atribuir cronologías concretas a los edificios o construcciones de la ciudad, fuera de aquéllos que a través de la documentación se ha conocido su autor o promotor, procedimiento que deja prácticamente fuera de datación cierta a los atribuibles con más seguridad a la época medieval y para los que no existe una referencia clara y unívoca en la documentación.

Tampoco la historiografía disponible ha contado con el adecuado aparato documental y crítico hasta prácticamente la segunda mitad del siglo XX, cuando gracias sobre todo a la obra promovida por Martín Almagro, la *Historia de Albarra-*

1. “El Señor de Albarracín, Vasallo de Santa María” y “El idilio de una reina”.

cín y su Sierra, se pudo empezar a disponer no solo de los relatos históricos, sino de las fuentes documentales originales. Pero ni siquiera en los distintos volúmenes publicados de esta obra se hacen intentos serios de relacionar la realidad material visible con los hechos que se narran. El volumen de Albarracín musulmán, de Jacinto Bosch Vilá, publicado en 1959, lanza algunas hipótesis, que parecen responder más a meras intuiciones que a un adecuado análisis de las realidades, a falta en todo caso de un soporte documental preciso. Así, de pasada y como pie de una ilustración, Bosch afirma que la Torre del Andador es “de arquitectura califal y construcción del tiempo de los Banu Razín...”² (Lám. VIII, p. 126). Ya en el texto dice que Hudail probablemente construyó, reforzó o agrandó sus murallas (p. 125) pero sin decir cuáles, y entra además en contradicción consigo mismo cuando afirma que Albarracín debió ser una ciudad abierta (p. 125, n. 1 y p. 126, n. 2) hasta el siglo XIV cuando atribuye la construcción de las murallas más visibles que escalan la montaña sobre la que se alza la torre del Andador. Los volúmenes de los que fue autor Martín Almagro *El señorío soberano de Albarracín bajo los Azagra* (1954-1959) y *El señorío soberano de Albarracín bajo la Casa de Lara* (1964) no tocan el tema, aunque es muy posible que algunas de las afirmaciones vertidas por Jacinto Bosch estuvieran inspiradas por el pensamiento de Martín Almagro en esos momentos.

Sin duda es a César Tomás Laguía a quien debemos agradecer no solo acertadas afirmaciones o insinuaciones cronológicas sino, sobre todo, la aportación de un extensísimo repertorio documental. Su obra, aún insuperada, “La Geografía Urbana de Albarracín”³ constituye un lugar de obligada referencia a quien se acerque a estudiar cualquier aspecto histórico o artístico de la ciudad. D. César se muestra como un profundo conocedor de Albarracín. Así, proporciona adecuada noticia de la muralla de la Engarrada afirmando que constituía el límite del primer recinto de la ciudad que atribuye al siglo XI (p. 7). Resultan especialmente valiosas las referencias documentales que recoge de la llamada Puerta de Hierro (sin duda una traducción directa de Bab al-Hadid, nombre sumamente corriente en puertas de ciudad del mundo árabe que alude al reforzamiento de las hojas de cierre con chapas de hierro) que sitúa con precisión al comienzo de la calle de la Catedral y en relación con la mencionada muralla de la Engarrada. Con todo, D. César se abstiene de dar cronología de las construcciones para las que no dispone de información documental y de modo especial de las murallas.

Realmente, y hasta los años setenta del pasado siglo, del legado material atribuible al tan renombrado pasado islámico de la ciudad poco o casi nada se po-

2. La afirmación de que se trata de “arquitectura califal”, que finalmente resulta acertada como aproximación cronológica, pudo estar basada en considerar la aparente semejanza entre el aparejo que presenta la torre y los típicos aparejos cordobeses de época emiral y califal. Este tema ya lo traté en mi trabajo de 1976. La supuesta semejanza no es tal pues los mampuestos de la fábrica de la torre con apariencia de tizones no tienen esa función en la realidad a diferencia de los cordobeses que sí la tienen. Pese a todo, como luego veremos, la intuición en este caso estuvo atinada.

3. TOMÁS, C., 1960.

día reconocer con certeza, salvo dos hallazgos fortuitos y bien conocidos por haber sido publicados por Martín Almagro: una lápida funeraria con escritura árabe cúfica⁴ y un esenciero de plata aparecido en el término de Tejadillos, en la vega de Albarracín, este último con el nombre del segundo rey taifa Abd al-Malik (1045-1103)⁵. Algunas cerámicas recogidas en las escombreras de las obras de renovación de pavimentación urbana, por Martín Almagro-Gorbea durante esos años, se pensaba que podían ser del período islámico, aunque el conocimiento entonces existente de la cerámica vulgar medieval no permitía atribuir cronología a materiales descontextualizados.

ESTUDIO ARQUEOLÓGICO DE LAS MURALLAS

Al comienzo de los años setenta del pasado siglo empecé a hacerme cargo, como arquitecto, de las obras de restauración del Conjunto Histórico de Albarracín. Después de unas intervenciones de urgencia en edificios populares de la ciudad, se planteó la necesidad de acometer la restauración de las murallas que cerraban la ciudad por el lado norte, por presentar zonas arruinadas, otras en peligro y constituir uno de los elementos monumentales más visibles del conjunto. Hasta entonces, pese a su declaración como Monumento Histórico Artístico en 1931, sólo se habían realizado limitadas obras de consolidación muy puntuales, en su mayoría tapando boquetes y reponiendo esquinas cuyos sillares habían sido robados⁶.

Estas murallas, que como veremos constituían el cierre de un arrabal, van a ser el objeto principal de nuestro análisis aunque también haremos al final alguna alusión a la muralla que cierra el resto del perímetro urbano (Figs. 1 y 2).

La vivencia que del mundo arqueológico había tenido en mi infancia y juventud y el conocimiento de muchos hechos históricos relacionados con Albarracín que por razones obvias había ido asimilando, despertaron, como es lógico, un interés especial por tratar de aprovechar la oportunidad de la intervención sobre las murallas para intentar establecer esa relación entre hechos narrados por la historia y realidades materiales que permitiera dar a las construcciones todo su valor histórico.

Durante el proceso preparatorio del primer proyecto, que se inició con un levantamiento planimétrico bastante detallado para lo que entonces se estilaba, pude empezar a establecer las bases de un análisis arqueológico encaminado a desentrañar las vicisitudes históricas de esas imponentes construcciones que escalan la montaña y cierran con poderosa rotundidad el meandro en que se asienta la ciudad. Un primer análisis me permitió evidenciar que en el conjunto de las murallas había distintas fases constructivas que se ponían de manifiesto por mu-

4. ALMAGRO, M., 1954.

5. ALMAGRO, M., 1967.

6. ALMAGRO, A. *et alii*, 2005, p. 53.

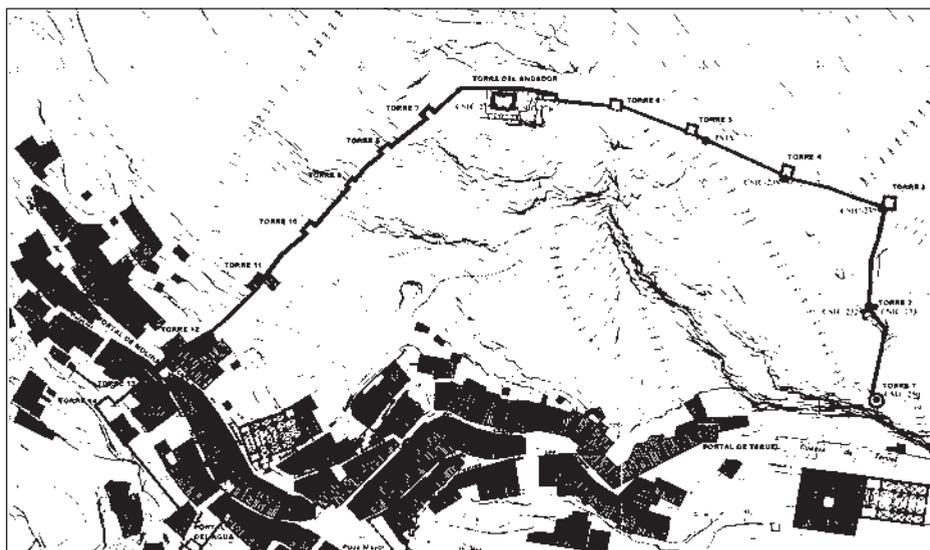


Fig. 2. Planta de la muralla del recinto exterior con la localización de las muestras de madera extraídas para su datación.

chos y variados detalles: distintas tipologías, sobre todo de las torres, distintos materiales y distintas técnicas constructivas, y obras evidentes de refuerzo y realce de las murallas.

Las obras de restauración se realizaron en distintas fases con proyectos aprobados en los años 1972, 1975 (Torre del Andador), 1979 y 1982. El alcance de estas obras ya lo he descrito en un libro reciente al que me remito para una información más detallada. Aunque parte de la información que ahora aporto ha sido dada a conocer parcialmente en diversas publicaciones⁷, me parece interesante abordar de forma sintética los aspectos arqueológicos de los trabajos realizados dando una visión propiamente de análisis histórico-arqueológico de este importante conjunto de fortificaciones.

La primera labor desarrollada dentro de este proceso de investigación fue analizar pormenorizadamente las distintas estructuras, identificando las variantes antes enunciadas: tipológicas, constructivas y las superposiciones de fábricas que se aprecian claramente estratificadas.

Desde el punto de vista tipológico se aprecian variantes en la forma y disposición de las torres. Si dejamos aparte la Torre del Andador (Fig. 3) que obedece a un modelo autónomo de fortaleza (*burj*) en el recorrido de las murallas, se aprecia la existencia de torres macizas (Fig. 4), con su adarve apenas sobreelevado respecto a los de las cortinas inmediatas, torres de base maciza y cuerpo

7. ALMAGRO, 1976; ALMAGRO, 1987; ALMAGRO *et alii*, 2005.



Fig. 3. La Torre del Andador con sus sucesivos forros de refuerzo.



Fig. 4. La torre n.º 2 del lado oriental con las dos fases constructivas.

alto hueco, torres huecas en toda su altura y torres abiertas o bestorres, que en realidad son sólo pliegues de la muralla. De estas últimas, algunas son de reducidas dimensiones y otras tienen una notable mayor entidad. Este tipo resulta exclusivo del frente occidental, que posee una apreciable apariencia de homogeneidad, aunque como ya veremos presenta una sobreelevación de su altura inicial perfectamente visible en casi todo su recorrido (Figs. 5-8).

Desde el punto de vista constructivo, hay una clara diferenciación entre fábricas erigidas con yeso y otras hechas con cal. Entre las de yeso se descubren algunas hechas con la técnica de tapial⁸. De las fábricas hechas con cal merecen destacarse dos aspectos: los elementos de cantería de esquinas, jambas y arcos de huecos, y el particular sistema de rejuntado que aparece en determinadas zonas con la junta algo resaltada y la inclusión de trozos de escoria de hierro en los vértices de las juntas. Esta forma de acabado aparece sobre todo en el frente occidental aunque no podemos asegurar que no estuviera presente también en otras zonas en donde los rejuntados se han degradado.

Finalmente se aprecian con claridad superposiciones de fábricas, tanto en sentido vertical, constituyendo refacciones o sobreelevaciones de los elementos defensivos, como en horizontal, formando refuerzos o adiciones que amplían el recinto o le dotan de nuevos elementos defensivos. En el primer caso de superposición de fábricas, puede citarse el que se produce en la torre 2, en el frente oriental del recinto, en donde sobre la fábrica maciza de yeso aparentemente encofrada y con refuerzos internos de madera de la zona baja, se apoya otra fábrica de mampostería hecha con cal con la que se remata actualmente la torre (Fig. 4). En cuanto a la estratificación en sentido horizontal merecen destacarse los sucesivos forros o refuerzos que se aprecian en la Torre del Andador (Fig. 3), especialmente en su cara norte. Relacionando también en este caso los materiales empleados con la propia estratigrafía, se ve con claridad que la torre original está realizada con yeso mientras que los refuerzos son de cal. Este hecho, junto con el antes descrito de la torre 2, me permitió ya apuntar una primera hipótesis de cronología relativa: las fábricas de yeso eran más antiguas que las de cal que en general se sobreponen o refuerzan a las primeras.

Posteriormente, a lo largo de las obras, pudimos ir comprobando y confirmando estos hechos y descubriendo algunos nuevos no visibles inicialmente. En la Torre 3, o torre del ángulo nordeste que tenía su base maciza hasta prácticamente la altura correspondiente al adarve del lienzo de muralla oriental, hicimos una excavación en su interior para comprobar si efectivamente el basamento era macizo y cuál era su composición. Esta excavación puso de manifiesto que la zona interna de la base de la torre estaba constituida por una fábrica de piedras trabadas con yeso rojo, similar a la que constituía la torre 2. Esto nos hizo pensar que eran los restos de otra torre similar que habían sido forrados con una nueva fábrica de mampostería con cal y recrecidos formando una torre con dos pisos accesibles y

8. Sobre la distintas formas y aplicaciones de esta técnica véase ALMAGRO, A., 1986; ALMAGRO, 1991; ALMAGRO, A. *et alii*, 1992.

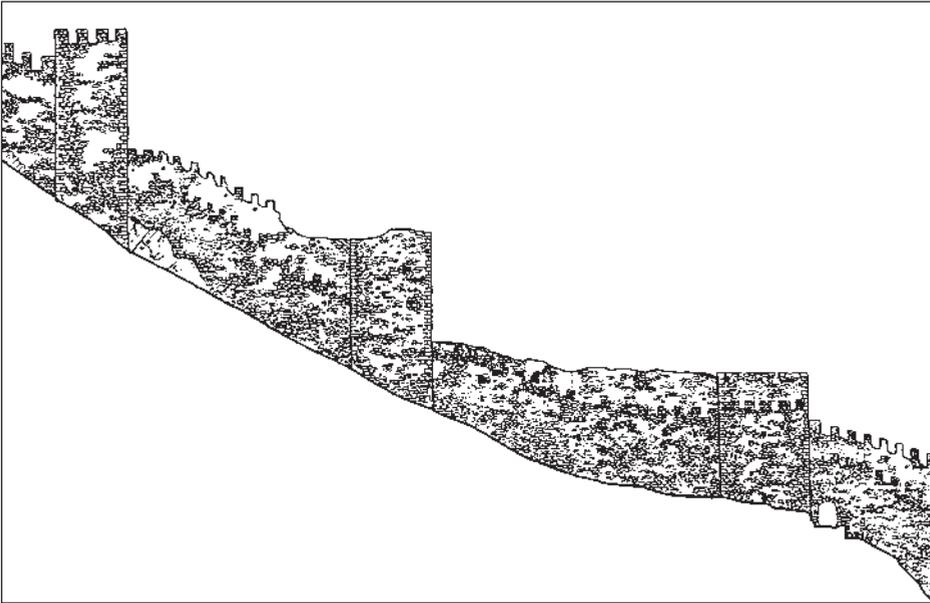


Fig. 5. Detalle del alzado occidental del recinto exterior con la sobreelevación de la muralla.



Fig. 6. El lienzo entre las torres 11 y 12 visto desde intramuros mostrando los dos caminos de ronda con sus almenas correspondientes.

dotados ambos de saeteras. Aunque no se pudo comprobar con plena seguridad, parecía que la torre anterior estaba girada 45° respecto de la actual.

En diversos puntos del frente norte aparecieron a lo largo de la obra partes de fábrica constituidas por tapia de tierra y yeso embutidas en las fábricas de mampostería de cal y en las que aparecían con frecuencia piezas de madera dispuestas como tizones o atados de las dos caras del muro. Por tanto, era evidente que había existido una muralla anterior, constituida por torres macizas de pequeño tamaño, reforzadas con unas a modo de parrillas horizontales de madera situadas cada cierta altura con el objeto de trabar la obra, y que estaban acompañadas de lienzos de muralla, seguramente de altura muy semejante a la de las torres, hechas asimismo con tapia de yeso y tierra. Esta muralla había sido en una pequeña parte reforzada y en gran parte sustituida por otra construcción hecha con mampostería de cal y con sillares bien labrados en la formación de esquinas y huecos.

En el frente occidental del recinto, del que ya hemos comentado que presenta un aspecto más uniforme, tanto de materiales como de tipología, no se aprecian restos de la muralla inicial de yeso. Todo él parece haber sido instaurado *ex novo*, aunque recrecido en una fase posterior. En una prospección visual realizada por la empinada ladera de la montaña, en la parte intramuros, pudimos observar la presencia de escasísimos restos de mortero de yeso adheridos en algunas de las rocas superficiales, a escasos metros de distancia de la muralla. Esto nos hace pen-



Fig. 7. Sección del lienzo entre las torres 4 y 5 en donde se aprecia el camino de ronda antiguo con su peto (remarcados en la foto).

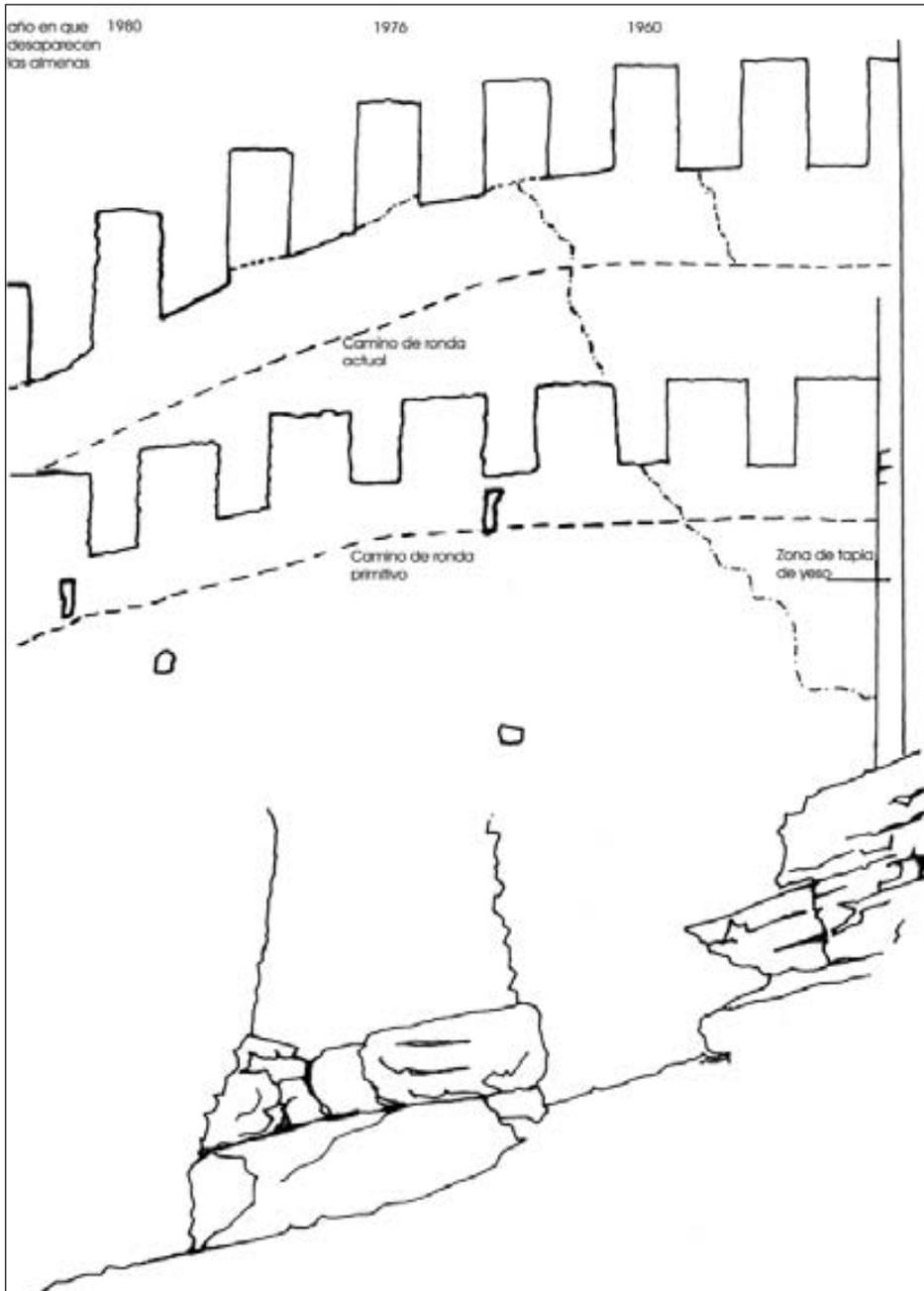


Fig. 8. Plano de detalle de la muralla junto a la torre 6 con la información recogida antes de proceder a su ruina y demolición parcial mostrando las tres fases constructivas (muralla de yeso, muralla de cal y recredido de ésta).

sar que en este frente la muralla fue enteramente rehecha en una posición ligeramente más avanzada, utilizándose sin duda el material constructivo de la primitiva para alzar la nueva, razón por la que no quedaron restos de aquélla.

La muralla construida con cal presentaba además una sobreelevación bien visible. En numerosas partes podían verse las almenas más antiguas cegadas por el recrecido que tenía unos dos metros de altura (Figs. 5-8). En la zona de la muralla hundida entre las torres 4 y 5 podía verse perfectamente en sección este recrecido en sección con el primitivo adarve y peto y los más tardíos (Figs. 7-8). Todo esto se dejó visible en la restauración. Resultaba por tanto evidente que en la muralla exterior había al menos tres fases distintas de construcción.

La Torre del Andador, como ya hemos indicado, constituía un elemento aparte, con características diferenciadas y que parecía haber seguido una evolución propia (Fig. 9). Cuenta con una estructura inicial de torre rectangular hueca, con cuatro pisos y puerta en su frente sur que da acceso al segundo nivel a través de una entrada en recodo⁹. Esta construcción primitiva, hecha con mampostería ligada con yeso, se reforzó con un forro de mampostería de cal y con esquinas de sillares labrados. A su vez por el frente norte que da hacia el exterior (Fig. 3), se vislumbraba la existencia de una tercera fábrica adosada a la anterior y que parece enlazar con toda la muralla del recinto¹⁰.

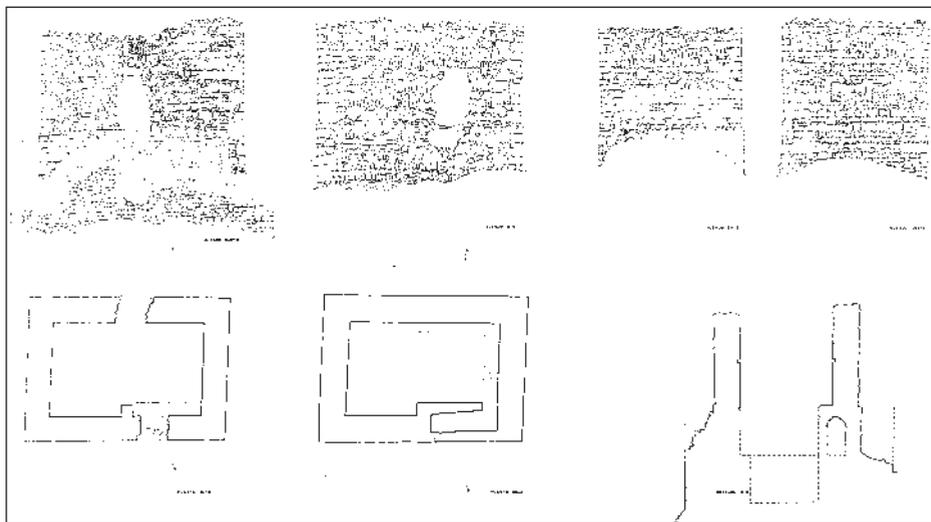


Fig. 9. Planimetría de la Torre del Andador antes de su restauración.

9. ALMAGRO, A., 1976, pp. 286-290.

10. ALMAGRO, A., 1976, pp. 290-292.

No sabemos qué altura pudo alcanzar el forro adosado a la torre pues se encontraba muy arruinado y sólo era inicialmente visible por la cara norte, aunque tras la limpieza de escombros pudo confirmarse su presencia en todo el perímetro. Lo que no cabía duda es que este forro pasaba por delante de la primitiva puerta que había sido a su vez tapiada, cerramiento este último que aún se conservaba. La torre presentaba dos huecos informes en sus caras norte y sur, a la altura del tercer piso. Esto nos hace pensar que tales huecos se abrieron al hacerse este forro que tomaría la forma de un antemuro a un nivel inferior al del adarve de la torre, y con su propio adarve accesible a través de estos huecos. O más bien, que a la torre se accedería tras la reforma a través de este adarve del antemuro. La disposición informe de los huecos mencionados creemos que puede deberse a que en su momento se realizarían con jambas y arcos de cantería que fueron robados como tantas otras piezas similares de la muralla.

El forro más externo que se ve en el lado norte, del que no existe aparentemente solución de continuidad con la muralla del recinto, es contemporáneo o posterior al aljibe que se construyó adosado al antemuro perimetral en su lado oriental. Todo ello está en relación con el cierre de un pequeño recinto hacia el interior de la ciudad, del que apenas quedan vestigios, y que convertía a la torre del Andador en torre del homenaje de un auténtico castillo autónomo.

LA CRONOLOGÍA ABSOLUTA

El análisis que acabamos de seguir permite establecer fases constructivas y su cronología relativa, pero no resuelve el tema de asignar, con datos fidedignos, una cronología absoluta para cada fase. Como éste era uno de nuestros objetivos, desde el primer momento tratamos de apoyarnos en otros medios que nos facilitarían la solución del problema. Aun conociendo las limitaciones del método, sobre todo para momentos históricos recientes, pensamos que la presencia de elementos de madera podía permitirnos recurrir a la datación absoluta mediante la técnica del Carbono 14. A pesar de todas las prevenciones hacia la fiabilidad de los resultados, creímos que cualquier cosa era mejor que nada, y que con sólo tener una idea de en qué siglo había sido cortada la madera, ya suponía de por sí una ayuda para nuestro propósito. Es conocido que esta técnica tiene un grado de indefinición que queda marcada por un valor del error \pm que en realidad es el reflejo de un análisis estadístico de las numerosas mediciones que se hacen de la radiación de la muestra y que fijan la probabilidad de que la fecha dada sea la cierta. Como tal valor estadístico, la coincidencia con otros datos aumenta notablemente la fiabilidad. Por tanto la concordancia de resultados de varias muestras nos proporciona un dato que puede considerarse mucho más fidedigno que el de una muestra aislada. Como veremos a continuación, los resultados de estos análisis resultaron finalmente más esclarecedores de los que inicialmente imaginábamos y permitieron empezar a arrojar luz sobre la cronología de las murallas.

La datación con C14

En el año 1973, con motivo de las obras que estábamos realizando en las murallas del recinto exterior de la ciudad pudimos extraer distintos fragmentos de madera que hicimos analizar en el Laboratorio de Geocronología del Instituto de Química Física "Rocasolano" del CSIC (Figs. 2 y 10). La datación se realizó entre finales de 1975 y comienzos de 1976. Se analizaron un total de nueve muestras procedentes de la Torre del Andador, y de las torres n.º 1, 2, 3 y 4. La descripción y datación de las muestras es la siguiente:

REF. LAB.	PROCEDENCIA DE LA MUESTRA	FECHA
CSIC-231	Torre del Andador. Pieza de la posible gorroneira de la puerta alta del lado sur, en su jamba oriental	640 d.C.
CSIC-236	Torre del Andador. Fragmento empotrado de viga del 3º forjado en su lado norte.	940 d.C.
CSIC-275	Torre del Andador. Madera de la trabazón interna del muro oeste dispuesta longitudinalmente dentro de la fábrica.	900 d.C.
CSIC-276	Torre del Andador. Zoquete de asiento de la solera de apoyo del 3º forjado en su lado sur.	930 d.C.
CSIC-238	Torre 4. Madera de trabazón del muro de la cara interna de la Torre, a unos 2 m del suelo, dentro de una fábrica de tierra y cal.	1010 d.C.
CSIC-237	Torre 3. (Angulo) Madera de trabazón del muro oeste de la torre en la zona en que entesta la cortina que asciende hacia occidente, a unos 2,5 metros del suelo. Se encontraba enterrada por el derrumbe de la torre.	1030 d.C.
CSIC-232	Torre 2. Madera de la trabazón interna de la torre, embutida en la tapia de yeso junto al ángulo SO, a 2,10 metros del suelo.	1020 d.C.
CSIC-233	Torre 2. Madera de la trabazón interna de la torre, embutida en la tapia de yeso en su cara E, a 2,10 metros del suelo.	1020 d.C.
CSIC-250	Torre 1 (circular). Fragmento de mango o astil de una herramienta aparecido en el relleno antiguo de la torre.	1260 d.C.



Fig. 10. Localización de las muestras de madera extraídas de la Torre del Andador para su datación por C14.

El análisis de las dataciones suministradas por las muestras permite establecer con claridad tres momentos constructivos precisos. Uno en el siglo X, correspondiente a la torre del Andador, con una discrepancia de la muestra CSIC-231, de notable mayor antigüedad y para la que no cabe más interpretación que considerarla una pieza reaprovechada, toda vez que además resulta dudoso que su colocación corresponda con el momento de construcción de la torre, pues más bien parece haber pertenecido al cabecero en que se alojarían las gorroneas de la puerta alta, abierta probablemente en el siglo XIII. La fecha que podemos aceptar para la construcción de la Torre del Andador es pues hacia el 940 d. C., que coincidiría con la jefatura militar de Marwan ben Hudail ben Razín¹¹, conocido jefe militar de la Marca Media y presente en varios actos desarrollados en la corte califal.

El siguiente momento de construcción corresponde a los años 1010-1030 y a él pertenecen la Torre 2 en su parte inferior, hecha de tapia de yeso con refuer-

11. BOSCH, J., 1959, p. 99.

zos de parrillas de madera cada cierta altura, y otros restos de muros conservados dentro de las murallas ahora visibles. Esta cronología se encuadra perfectamente en el gobierno de Hudail ben Razín (1012-1045), primer regulo independiente de la taifa de Albarracín.

La tercera etapa nos la determina el astil aparecido en el relleno de la Torre 1 y cuya datación veremos que coincide plenamente con la proporcionada por los análisis de dendrocronología. El año 1260 corresponde, como veremos, al gobierno de D. Juan Núñez de Lara.

Si relacionamos estos datos con los de naturaleza constructiva, se deduce inmediatamente que todas las construcciones realizadas en yeso son de época musulmana, mientras que las que se efectúan con cal son cristianas. Esta parece una conclusión bastante fundada y que puede servir para identificar períodos de construcción de otras zonas.

La datación con dendrocronología

En el año 1994 recurrimos a la ayuda de D. Eduardo Rodríguez Trobajo, del INIA, con el fin de completar la investigación cronológica aprovechando los cargaderos de la poterna que habíamos reabierto junto a la Torre 5 (Figs. 2 y 11). Este hueco parece a todas luces contemporáneo a la fábrica visible de la muralla y había sido tapiado en momento incierto pero indudablemente muy antiguo. Al abrirlo, con el fin de permitir una comunicación entre el interior y el exterior del recinto, apareció su techo formado por una serie de vigas, en su mayoría rollizos, colocados en el momento de la construcción. Había un total de 10 piezas, de las cuales dos eran las soleras colocadas como asiento de las demás con las que se formaba el dintel. Estas dos soleras son de sección rectangular. Otras dos piezas escuadradas forman los dinteles visibles en ambas caras de la muralla, el del lado exterior con las gorroneas para el giro de las hojas con que se cerraba la poterna. Las otras seis piezas son rollizos sin labrar.

Sacadas las muestras con taladro hueco, sólo las cuatro piezas escuadradas dieron series de anillos suficientemente largas como para poderlas sincronizar con las gráficas de referencia, obteniéndose la fecha de 1251 para el anillo más moderno. El problema es que ninguna de estas piezas presenta gema o restos de corteza, con lo que no resulta posible saber la fecha exacta de su corta. No obstante, de la observación de las otras maderas, con series de anillos más reducidas y por tanto inseguras y considerando la forma de las propias piezas, Rodríguez Trobajo nos ha sugerido que a estas piezas les pueden faltar unos 12 anillos aproximadamente hasta la corteza, lo que nos llevaría a una fecha de corta del árbol de 1263, fecha que coincide perfectamente con la obtenida por C-14 del astil encontrado en la Torre 1 y que responde afinadamente a las consideraciones históricas que apuntan a que esta muralla fue renovada en su totalidad por D. Juan Núñez de Lara al poco tiempo de tomar posesión, como soberano consorte, del señorío de los Azagra.



Fig. 11. Portillo de la muralla junto a la torre n.º 5 en donde se extrajeron las muestras para datación por dendrocronología.

INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

Todo lo hasta ahora apuntado nos permite establecer una hipótesis sobre el proceso de configuración de la ciudad medieval y la construcción y refacción de sus murallas, al menos en lo que afecta al recinto exterior. Queda claro que la primera construcción realizada sería la torre del Andador, que en su primitiva concepción era una edificación aislada con función de atalaya y de protección de la aproximación al núcleo urbano que por su topografía se encuentra prácticamente metido en un hoyo. Esta construcción podemos afirmar que se levantó hacia mediados del siglo X.

En el siglo XI, se construye un recinto con recorrido de sus murallas muy similar al actual, compuesto por pequeñas torres macizas de altura similar a la de las cortinas laterales como suele ser habitual en construcciones de los siglos X y XI. Esta muralla debió levantarse entre 1020 y 1030, en tiempos de Hudail ibn Razín, poco después de independizarse la taifa de la Sahlá¹².

12. BOSCH, J., 1959, p. 124.

No tenemos datación cierta para el refuerzo o antemuro de la torre del Andador que debe considerarse posterior al paso de la ciudad a manos cristianas en 1170, por el uso de la cal en su construcción. Como mera hipótesis sugerimos que pudiera haber sido realizado por Pedro Fernández de Azagra, quizás en relación con el primer sitio que sufrió la ciudad por obra de Jaime I en 1220¹³.

La mayor parte de las actuales murallas son seguramente obra de Juan Núñez de Lara, soberano consorte por su matrimonio con Teresa Álvarez de Azagra, y en la práctica, virtual regidor de la política del señorío tras la muerte de Álvaro Pérez de Azagra. Una obra de esa envergadura es difícil de concebir sin un respaldo económico muy fuerte, que sólo el extensísimo patrimonio que poseía el de Lara en Castilla podía asegurar¹⁴. Máxime si tenemos en cuenta que D. Álvaro mantenía una elevadísima deuda con el rey de Aragón que su sucesora reconoce en el acto de toma de posesión del señorío¹⁵. No cabe duda de que la reconstrucción de las murallas de Albarracín, prácticamente *ex novo*, debió de ser uno de los primeros actos de la política turbulenta que desarrolló D. Juan Núñez durante toda su vida y en la que Albarracín jugó un papel preponderante como estado soberano.

Queda por determinar el momento en que se produce la sobreelevación de las murallas. Carecemos de datos de cronología absoluta para ello. Pensamos que en todo caso ha tenido que ser con posterioridad al asedio y conquista de la ciudad por Pedro III en 1284. Los documentos nos hablan de que el rey de Aragón ordena reabastecer la ciudad¹⁶ y reparar sus defensas en cuanto toma posesión de ella¹⁷. Sin embargo creemos que es una obra de la suficiente entidad como para no haberse acometido en el escaso lapso que media entre la conquista y la muerte del rey, acaecida apenas un año después y tras haber entregado el señorío a su hijo bastardo D. Fernando¹⁸.

Personalmente me inclino por relacionar esta obra con el documento de 1376 en que Pedro IV ordena la corta y venta de 100.000 pinos para sufragar la reparación y refuerzo de las defensas de la ciudad¹⁹. Aunque la orden fue posteriormente revocada ante las protestas de los oficiales y representantes de la ciudad, tampoco podemos suponer que la preocupación del monarca quedara en saco roto. El rey acaba de recuperar Albarracín tras hacer asesinar a su soberano, hermanastro del propio monarca, y después de que en la práctica la ciudad se hubiera pasado a Castilla con motivo de la campaña que Pedro I lanza por el sur de Aragón y en la que también pasó a manos castellanas el mismo Teruel. Pedro IV incorpora Albarracín definitivamente a la corona aragonesa y lo considera

13. ALMAGRO, M., 1959, p. 165.

14. ALMAGRO, M., 1964, p. 9.

15. ALMAGRO, M., 1964, p. 10.

16. ALMAGRO, M., 1964, p. 53.

17. ZURITA, J., lib. IX, cap. 46, citado por TOMÁS, C., 1960, p. 48.

18. ALMAGRO, M., 1964, p. 63.

19. CARUANA, J., 1955, pp. 38-39 y docs. 38 y 39; TOMÁS, C., 1960, p. 90.

prenda de demasiado valor para dejársela arrebatar nuevamente. Después de unos primeros momentos de euforia y avenencia con el nuevo rey de Castilla, Enrique II, las relaciones pronto se enturbian y pienso que es dentro de ese marco en el que cabe incluir esta última fase de refuerzo de las murallas.

Entre medias de este relato quedan dudas e incertidumbres. Por ejemplo, el lienzo occidental de la muralla de construcción tan homogénea y con sus torres abiertas, ¿es también atribuible a Juan Núñez de Lara? En él aparece el rejuntado tan específico que ya hemos descrito y que también se empleó en la Torre Blanca cuya construcción pudiera ser de 1310²⁰. Pero ese tipo de tratamiento se utilizó muy profusamente en muchos sitios y la diferencia cronológica de apenas 50 años no puede probarse por este mero detalle, teniendo en cuenta además que un rejuntado es lo primero que se rehace en una reparación.

Con todo, creemos que hoy podemos relacionar de una manera bastante fiable las murallas del recinto exterior y los avatares de la historia por los que pasó esta ciudad durante la Edad Media. Sin embargo nos quedan también otros flecos por resolver. El recinto exterior se levantó por primera vez en el siglo XI, pero ¿qué otras defensas tuvo antes la ciudad y qué datación podemos atribuirles? La presencia de la muralla de la Engarrada, en las inmediaciones de la Plaza Mayor ya hizo pensar a D. César Tomás que se trataría de la muralla inicial de la ciudad²¹. El problema es que esa muralla, por pura lógica, debía ser anterior a los inicios del siglo XI en que se produce la ampliación hasta la torre del Andador (Fig. 12). Pero el aspecto de su fábrica, realizada con mortero de cal, contradice todas las hipótesis de cronología basadas en materiales y técnicas constructivas. Como este fragmento, todo el resto del recinto que circunda la ciudad siguiendo la línea del río está hecho con mampostería tomada con cal. Toda esta muralla carece de torres y solo presenta algunas veces pliegues o retalles que permiten flanquear algunas cortinas. Más tiene la apariencia de una tapia o cerca que de una auténtica muralla, si bien es cierto que tampoco era necesaria mucha mayor defensa disponiendo de la que la propia orografía proporciona.

En el año 1994 con motivo de una investigación que estaba realizando sobre las restauraciones efectuadas en Albarracín, topé con un documento que creo resuelve en gran medida este enigma. Buscaba datos e imágenes de las intervenciones realizadas por la Dirección General de Arquitectura del antiguo Ministerio de la Vivienda cuando halle unas fotografías de la restauración del Portal del Agua y de la placeta que entonces se dispuso al interior de esta puerta tras la demolición de unas casas en ruina que se adosaban a la primitiva muralla de la Engarrada. Yo recordaba haber visto esas obras de niño, pero evidentemente no me había fijado en ningún detalle, salvo el ver la torre circular que se levantaba en el ángulo en que la muralla se dirige hacia el este. Las fotografías muestran esta torre antes de su restauración y en ellas puede apreciarse un detalle con toda cla-

20. El documento de esta fecha citado por TOMÁS, C., 1960, p. 48, debe referirse sin duda a la Torre Blanca.

21. TOMÁS, C., 1960, p. 38.

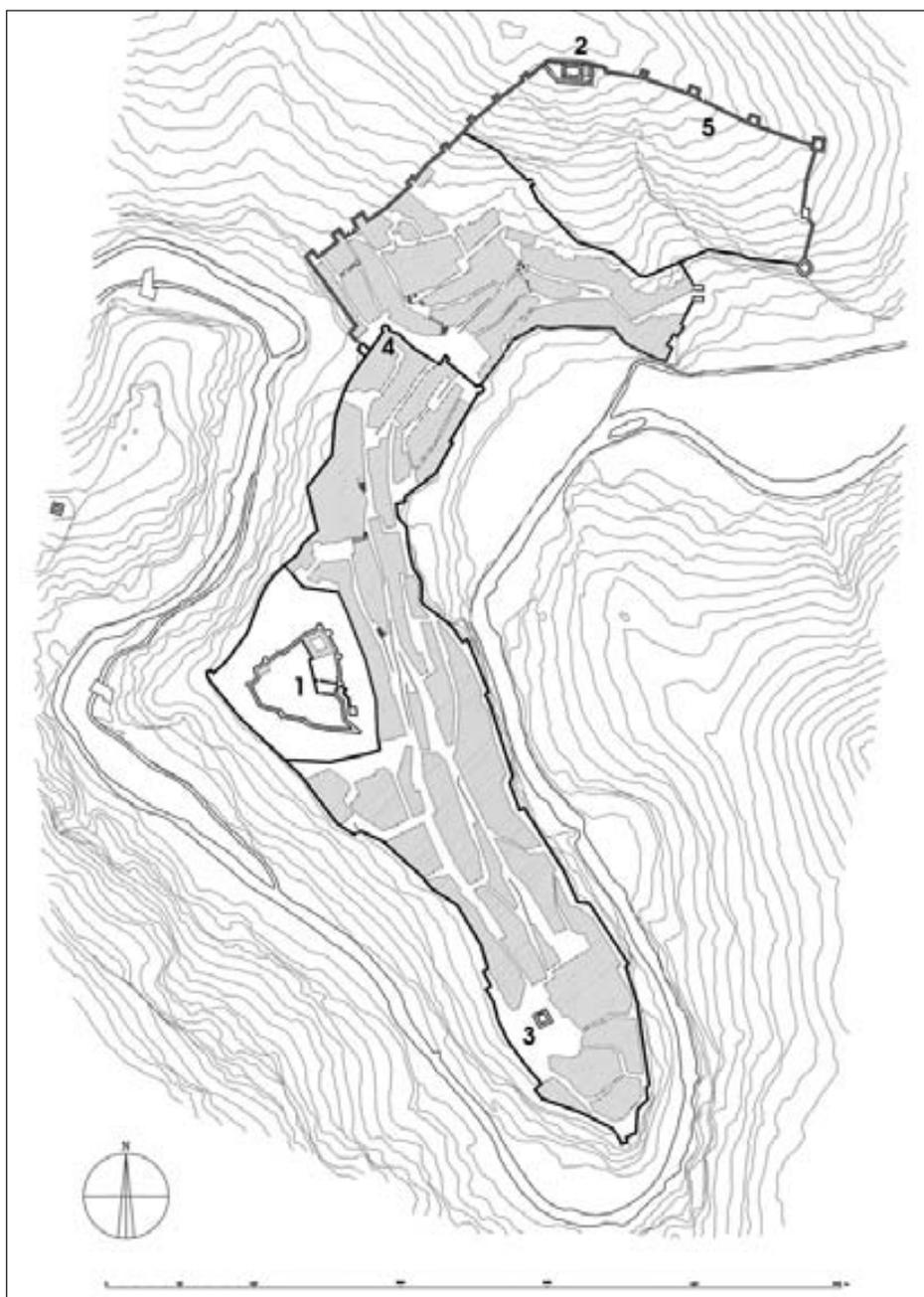


Fig. 12. Planta de la ciudad de Albarracín en época medieval con el castillo (1), la Torre del Andador (2), la Torre Blanca (3), la muralla de la Engarrada (4) y el recinto exterior que cierra el arrabal (5).

ridad. Parte de la cara externa de la torre está desmoronada y deja ver un núcleo con forma igualmente cilíndrica y con un paramento propio (Fig. 13). Es decir, que había una torre cilíndrica previa que fue forrada con otra fábrica aumentando su diámetro. Aunque la foto es en blanco y negro, el aspecto de la torre interna parece corresponder a una fábrica de yeso. La torre es de pequeño diámetro, maciza, y por sus proporciones recuerda las del ángulo nordeste del castillo, que están construidas con yeso rojo y tienen diámetros de entre 2'5 y 3 metros.

Creo que este descubrimiento prueba la existencia de una muralla construida con yeso, con pequeñas torres cilíndricas macizas, de factura muy semejante a la de la muralla norte del castillo (Fig. 14) y que tendríamos que datar en una fecha anterior al siglo XI tanto por razones de un proceso lógico del desarrollo urbano como por la diferencia tipológica que plantea frente a la muralla, bien datada, construida a comienzos de ese siglo. Esto nos permite plantear la hipótesis de la existencia de un primer recinto urbano cerrado con muralla, al menos en la segunda mitad del siglo X.

No quiero terminar este estudio sin hacer una mención a las primeras excavaciones arqueológicas que se realizaron en Albarracín, ligadas a esta investi-



Fig. 13. Torre cilíndrica de la muralla de la Engarrada antes de su restauración, mostrando el núcleo original, seguramente de yeso.



Fig. 14. Torres cilíndricas del castillo en su lado norte construidas con fábrica de yeso.

gación. Se trata de un sondeo estratigráfico en el interior de la torre del Andador, que pese a estar inédito²², creo que merece que se den a conocer algunos de sus resultados, pues guardan relación con todo lo aquí dicho (Fig. 15). Esta excavación, que estuvo supervisada por Martín Almagro, entonces Comisario General de Excavaciones Arqueológicas y en la que intervino Jaime Vicente como arqueólogo al cargo directo de la misma, se planteó como consecuencia de la información que fue saliendo a la luz al abordar la restauración de la torre. Pronto nos dimos cuenta que la puerta primitiva que había sido tapiada al construirse el antemuro tenía que dar entrada a un espacio que se encontraba colmatado de tierra. Incluso el nivel inmediato superior en donde se habían abierto los nuevos huecos estaba en parte relleno. Pensamos que ese depósito podía ofrecer una información interesante sobre la vida de la torre aparte de que su remoción, al menos parcial, era imprescindible para poder reabrir el primitivo acceso que se quería dejar practicable. La excavación se realizó en el verano de 1976 y deparó en primer lugar la sorpresa de que no había un piso relleno sino dos. La puerta primitiva no se abría en la planta baja, sino en la primera y la propia puerta se situaba originalmente a más de tres metros del suelo. Lo más interesante del de-

22. Una breve reseña de estos trabajos puede verse en ALMAGRO, M., 1977.



Fig. 15. Excavación realizada en el interior de la Torre del Andador.

pósito allí acumulado, cerca de cinco metros, es que se había formado como consecuencia de la pérdida del uso original de los espacios inferiores de la torre que se convirtieron en el basurero donde sus ocupantes, seguramente una pequeña guarnición permanente, vertían todos los residuos de su comida. Junto a numerosos fragmentos de vajilla apareció una ingente cantidad de huesos de animales, utilizados como alimento. El estudio de este material óseo, realizado por el equipo del Prof. Arturo Morales de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense y que fue objeto de una tesina de licenciatura, nos proporcionó una información interesante sobre dieta alimenticia junto con algún dato adicional susceptible de interpretación histórica.

El análisis de la fauna usada como alimento muestra una mayor abundancia en el consumo de vaca y novillo sobre el de oveja y cabra en clara disonancia con lo que ha sido habitual en el país en tiempos recientes hasta la implantación de los sistemas de distribución alimentaria actual. Por otro lado hay también una gran profusión de caza tanto mayor como menor, y especialmente de ciervo y jabalí.

Pero un dato que nos llamó poderosamente la atención fue la presencia de un hueso de burro con claras muestras de haber separado de él su carne con un cuchillo u objeto cortante. Parece claro que el burro no ha sido nunca animal destinado a la alimentación humana y tampoco parece probable que llegara ese resto allí procedente de un basurero urbano. Quizás la clave para interpretar este dato esté en la crónica de Pedro III escrita por Bernat Desclot que narra el asedio de Albarracín por el rey de Aragón y su defensa por los vasallos de Juan Nuñez de Lara. Dice el cronista: “Cuando llegaron ya al límite hasta comerse todos los caballos, los mulos y los burros que había dentro y no tenían casi nada para co-

mer...” pidieron permiso al rey para enviar mensajeros a Juan Nuñez de Lara que se encontraba en Navarra al que relatan “... que no quedaba comida para 10 días después de haberse comido los caballos y los burros, ahora se comían ya los gatos y los perros...”²³. Este hallazgo arqueológico pudiera ser un fiel reflejo material de lo que dice la crónica.

Entre los materiales cerámicos aparecidos y datables en su mayoría entre los siglos XIII y XIV merece resaltarse la presencia, en el nivel inferior en contacto con el primitivo suelo del piso más bajo de la torre, de un fragmento de cerámica de reflejo metálico que Juan Zozaya identificó entonces como de origen oriental del área de Samarra²⁴ y datable en el siglo IX. Esta pieza ha sido posteriormente analizada por Julio Navarro que la considera posiblemente de origen murciano del siglo XII, que correspondería al último momento de uso de este nivel antes de convertirse en basurero en época cristiana.

Todos estos estudios fueron el preámbulo de trabajos posteriores de algunos de los cuales se presentan ahora resultados en esta misma publicación. La investigación arqueológica está llamada a ir rellenando los vacíos de nuestro conocimiento histórico y la época medieval, pese a los conocimientos generales que de ella tenemos, presenta numerosas lagunas. En Albarracín siempre hubo un lugar que llamó nuestra atención por el potencial que tenía para facilitarnos información. Ya en febrero de 1989, solicité un permiso y subvención para excavar en el castillo de la ciudad después de obtener la autorización de sus entonces propietarios. Imaginaba que ese amplio recinto podía contener estructuras residenciales de época islámica y pretendía integrar esa investigación dentro de un proyecto del Plan Nacional que estaba entonces desarrollando sobre Arquitectura Residencial Hispanomusulmana. La solicitud fue finalmente denegada en octubre de 1989 “en tanto en cuanto no estuviera elaborado el Plan de Arqueología de la Comunidad Autónoma de Aragón”. Habría que esperar algunos años hasta que el castillo fuera adquirido por la Comunidad Autónoma y se iniciara su excavación. Creemos que lo hasta ahora descubierto en él constituye una valiosísima aportación al conocimiento histórico de esta ciudad que ha venido a complementar y a llevar más adelante las investigaciones que aquí hemos presentado. Espere-mos que la publicación de todos los hallazgos pronto proporcione las informaciones que los investigadores y la sociedad en general, están esperando²⁵.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO, A. (1976) “Las Torres Bereberes de la Marca Media. Aportaciones a su estudio”, *Cuadernos de la Alhambra*, 12, pp. 279-305.

23. ALMAGRO, M., 1964, pp. 45-46.

24. ZOZAYA, J., 1993, p. 120.

25. Algunos de los hallazgos han empezado ya a ser publicados. HERNÁNDEZ y FRANCO, 2006.

- ALMAGRO, A. (1987) "El Sistema defensivo de Albarracín", *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española (Madrid 1987)*, Madrid, pp. 71-84.
- ALMAGRO, A. (1986) "El Yeso, Material Mudejar", *Actas del III Symposium Internacional de Mudejarismo*, Teruel, pp. 453-457.
- ALMAGRO, A. (1991) "La torre de Romilla. Una torre nazarí en la Vega de Granada", *Al-Qantara* XII/1, pp. 225-250.
- ALMAGRO, A.; ORIHUELA, A. y VILCHEZ, C. (1992) "La puerta de Elvira en Granada y su reciente restauración", *Al-Qantara*, XIII/2, pp. 505-535.
- ALMAGRO, A.; JIMÉNEZ, A. y PONCE DE LEÓN, P. (2005) *Albarracín. El proceso de restauración de su patrimonio histórico*, Zaragoza.
- ALMAGRO BASCH, M., (1959) *Historia de Albarracín y su Sierra*, Tomo III, *El señorío soberano de Albarracín bajo los Azagra*, Teruel.
- ALMAGRO BASCH, M. (1964) *Historia de Albarracín y su Sierra*, Tomo IV, *El señorío soberano de Albarracín bajo la casa de Lara*, Teruel.
- ALMAGRO BASCH, M. (1954) "Una curiosa lápida árabe procedente de Albarracín", *Homenaje a Millás Vallicrosa*, Barcelona, t. I.
- ALMAGRO BASCH, M. (1967) "Una joya singular en el reino moro de Albarracín", *Teruel*, 37-38, pp. 5-14.
- ALMAGRO BASCH, M. (1977) "Recinto murado de Albarracín", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, V, pp. 355-358.
- BOSCH VILÁ, J. (1959) *Historia de Albarracín y su Sierra*, Tomo II, *Albarracín musulmán*, Teruel.
- CARUANA y GÓMEZ DE BARREDA, J. (1955) *Catálogo del Archivo de la Ciudad de Albarracín*, Teruel.
- HERNÁNDEZ PARDO, A. y FRANCO CALVO, J. G. (2006) "Un baño islámico en el castillo de Albarracín", *Los Monográficos de Consorcio 2, Baños Árabes en Toledo*, Toledo, pp. 183-196.
- TOMÁS Laguía, C. (1960) "La geografía urbana de Albarracín", *Teruel*, 24, pp. 5-128.
- ZOZAYA, J. (1993) "Importaciones casuales en al-Andalus: las vías de comercio", *IV Congreso de Arqueología Medieval Española, "Sociedades en Transición"*, Alicante 4-9 octubre 1993, t. I (Ponencias), Alicante, pp. 119-138.